

Crónica Literaria

Por ALONE

699.220

"El Campo Chileno de Antes y Hoy", por Francisco Maríquez Belmar (Aracataca, 1969).— "Oh, recordados, amantes y alegrías de los pasados días...", pedía así el epígrafe de este libro, especie de bioteca anecdótica de los grandes herederos y su glorioso patrimonio, rústico y forestal.

Sí. No los tememos, a los poblanos, aunque sobre ellos reina lluviosa multitud. El señor Maríquez sabe de donde viene y a donde van; pero él no lo muestra. Poco es tener de buen humor y las gurias de la "COHA" no provocaron tanto el cariño por sucederle, al recorrer sus páginas ligeras y agradables, que "aquí no ha pasado nada", que esto no se llevó a Chile la baronía y que todavía se pasa por montaña rampas. A fantasmas de los viejos agricultores, artífices e individuos. Huesos y estercolos, que subían arrimados horizontalmente.

Todo se debe a que el señor Maríquez ama el campo, la naturaleza y los árboles con verdadero amor.

Conserva una imagen de la vida campesina comparable a la que evoca una página de don César Gálvez, que él reproduce. "Los hachones —dice— no son sólo maquinaria productora, sino momentos de placer y felicidad, muchas veces preferidos a los cielos". Los sonetos que formula para las plantaciones de la Quinta Normal son especies soberanas son de un table y un artista.

"La forma elegante del pino americano, del coliflor, del olmo —dice—, verán a reunirse arbustos de una hermosura no menos digna de admiración, sea por la maravilla diversidad de su follaje, sea por la abundancia, forma y color de sus flores; es así como el encanto a ulmo, el tilo, el ciruelo y moro, el romerillo y un sinfín de especies de chicos, de "nivequinas" y de arroyuelas, no aguardan más que ser introducidos en los jardines de la Quinta Normal para poder, consider al moro, peumo y tilo, disputar el derecho de preferencia sobre todos los árboles exóticos, que el niño de la civilización ha introducido con grandes ganas..."

En un trozo para una antología del artista que pedía leerlo en las escuelas.

Pero, a diferencia de la escuela criolla, el señor Maríquez no se embobea con el paisaje hasta perder de vista al personaje su libro está entrecerrado de tipos, voces y diálogos dentro de una elástica trama novela que se resuelve en un pozo por Chile, sus costas, sus parques, sus cultivos, sus pueblos y sus ciudades, en un viento risible, amargoso.

Ningún orden cronológico o geográfico lo culmina; es una extracción libre y al azar, un vagabundo que apena se dañine lo justo para coger un perfil, relatar una anécdota, e inventar una lección.

Un día estamos en París; asistimos a la Exposición Universal de 1867 y presenciamos el triunfo de los vinos chilenos. Una carta de don Augusto Ríos a un amigo de París le da la dura noticia de que los jardines "han declarado que nuestro país" —Pág. 183— "no tiene otra competencia que Francia en materia de vinos tintos, representados por tanto el segundo lugar y dejando atrás de nosotros a Italia, Hispania, España, Reinos Unidos, Argentina y otras naciones. De los claros y terrosos aguacates calificados no hay sino uno o dos que no hayan merecido alguna distinción. Esto nos tiene contentos, porque los hermanos que se abren para Chile son numerosos..." (Sáh).

Otro día estamos en Adules, más no para admirar la famosa laguna, sino oír la leyenda de su raza de caballos, los mejores de Chile, como por la demás también se llaman otros, que en esto no hay autoridad infalible. Fuera de la reconocida sin excepción a don Francisco Etchart, quien, como en tantas cosas, desde las más altas de filosofía hasta los más pedestres y de cuadro pinta, era hombre siempre "muy de a caballo"; firmes los riendas y el estribo, pista a los que han querido desmentirlo; porque merecería una estatua ecuestre, en el terreno de la Sociedad Nacional de Agricultura. Desde allí, a galope tendido, cog transportando a las regiones mazallineras, donde se dio el más inteligente y humanizado equino, el "Alfonso", el patro sín pat que tuvo un fin partitivo; sosteniendo muerte, una tarde, todo fuerza de flacuza, abandonó el patio de las caballerías y, después de romper una puerta de los cuartos, se desmoronó en la galería, a los pies de su amo.

Don Francisco Maríquez es inagotable; se ve que el material le sobra, y lo saluda.

Ahora penetraremos al Parque de Petaholén. Su larga historia, iniciada en los tiempos coloniales, extensa y concisa, ya con la de dos prepublicas, a doblar verdad, tiene singulares componentes. Don José Arrieta, Ministro al honroso y al perpetuum del Uruguay, cesante del Cuerpo Diplomático, podría decirse que no entendió nada de trabajos agrícolas. Pero saliendo de libros de cuentos, pestaña el genio de los mármoles. Con ellos y ellos a la vista, sabía desde su escritorio cuál que administradora y capataza, los datos instrucciones, les hacia reproches y dirigía preguntas que los dejaban perplejos. Lo eran tanto. Tampoco nadie habría podido tocar a su hijo, don Luis Arrieta Cárdenas, por un bostezamiento, volviendo recorrer los países amado de una partitura de Wagner o escuchando en sus salones concierto, de aficionados que iban a escuchar moderna música por nuevos rumbos, técnica, especialización y crítica tan consumado, que, enlazándose a sí mismo, se quedaba al silencio, cogió el violín y se dedicó al papel de artista.

El señor Maríquez Belmar se presta como modelo de poeta al provinciano; pero hay algo más que apasiona y crece para un poema en muchas de sus páginas. Véase, por ejemplo, la amarga y sincera descripción del río Claroquen, que se junta con el Tucapel, "el único río de Chile que corre de mar a marítima, como si dijieran, al revés.

"Si Ud. entra en territorio para orientarse —Pág. 28—, está perdido. El Tucapel corre de cordillera a mar, como todos los ríos del territorio, pero sus aguas tienen un "magnetismo" ... Envía las regalías más inserviables que uno pueda imaginar. Su temperatura en el invierno no es fría, y en verano es de agradable frescura... Probablemente por cruzar tramos de topografía muy extensa, en cuya parte se le puede sacar un canelo y hacer compote; él está siempre dispuesto a todo". La boca una quinta de enormes penas; para no molestar cuando se hace la cosecha, se convierte en una especie de laguna queja y sus aguas cristalinas hacen ver más grandes penas y macetas. A campo abierto se desliza tranquilo, da vida a los abastos suaves, y dejándose amarrar por sus puerblos. Así atravesó los berrenses más lejanos de la provincia de Malleo. A veces, avergonzado de su monotonia, se entrega a saltos y juegos increíbles, lanza cañas de río, formas pequeñas voluptuosas, mucha rueda de malina, campajá tumbadas y moteras; despierta vueltas a esconder sus suaves curvas en enormes barrancos, alimenta robles de orujo, flores y los gases de los puentones para darles de beber. Los pájaros lo conocen, soll variedades acompañan su curso cantando las flores, que se hacen amistad con nadie; los lobos, gruñen a punto orden en la bondad; las crías y el cordero vigilante, que solamente cuando ve un peligro, gritando para avisar la presencia de lobos o ratones. Hay también el pánico de largas penas y el quietismo, que no las tiene cortas y adentro con veces diabólica cuando ve a un perro o a una persona. La muchedumbre aldea se le propone al Claroquen dirigir al fin largo, de carne superior a la trucha o el cangrejo, y lo oculta en sus chamas protegidas, quíntica del particular.

Cuentan los chéfes superstitiosos que en un bosquecido de sus margeones se oír, al entrar en él, un ruido de voces rezando en un confuso rosario. Nadie se atrevía a acercarse allí para averiguar el misterio, hasta que uno, valientemente por el visto, exploró esos lugares y descubrió la causa del prodigo: una boca de lechuza posada en las copas de los árboles, inspirada por uno que criaba los domésticos de Chaquequen, repetía con el latido de su rara anatomía que aquél había escondido en el convento.

No lo dices que a nuestro país, para ser libro de lecturas, le hacen falta Novelas, recuerdos, la historia pionera que lleva corriendo de carretera hacia el Viejo Mundo.

Si apelado señalar de "pequeñas historias" que el señor Maríquez va encuadrando a su paso por el territorio nacional muestra que lo que nos falta, en realidad, no son espectáculos, sino espectadores, pupilas atentas, oídos finos, valientes con facultad de observación y la indispensable dulzura para "reverir", en ambos sentidos, el paisaje y al que lo contempla.

La Dirección General de Turismo debería nombrar a don Francisco Maríquez —no digamos autor— portavoz encargado de su propaganda.

El campo chileno de antaño y hogaño [artículo] Alone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El campo chileno de antaño y hogaño [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)